

Michael Braun
Sobre la belleza de lo cotidiano
y sobre la música de la casualidad

Laudatio

Estimado señor Zeller, muy apreciados miembros, promotores y amigos de la Fundación Hermann Hesse, querido Joachim, señoras y señores, no se asusten si empiezo aquí con un alarmante hallazgo médico: editar revistas, ése es el diagnóstico, es algo enfermizo, es una actividad para drogadictos que destruye los nervios. Este conocimiento procede de alguien que debe saberlo: concretamente de Walter Höllerer, desde luego el editor de revistas más adicto a la literatura que jamás haya producido el mundo literario. El espíritu rector de publicaciones tan famosas como “Akzente” y “Sprache im technischen Zeitalter” sabe por su experiencia dolorosa que para los editores de obras impresas que se publican periódicamente es imposible establecerse con comodidad en una drogodependencia como actividad principal, que sea a la vez preservadora de los nervios y “similar a una mecedora”. Entre las condiciones para tener éxito como editor de revistas, según nos enseña Höllerer, además de la obligada bibliomanía y la pasión por la literatura del presente, también se necesita una paciencia e idealismo infinitos y, sobre todo, una disposición impertérrita para la autoexplotación y la capacidad de olvidar por completo las especulaciones pecuniarias.

Al principio de la drogodependencia de las revistas está sin embargo la megafantasia literaria, el impulsivo deseo de exponerse contra el *establishment* como vengador de los poéticamente oprimidos y, finalmente, convertirse uno mismo en huésped permanente del Olimpo literario.

Así formularon hace ya exactamente doscientos años dos jóvenes poetas con espíritu rebelde, llamados Friedrich y August Wilhelm Schlegel, la pretensión no totalmente modesta de no sólo revolver a fondo las circunstancias poéticas con la fundación de una revista sobre literatura romántica, sino también “ser los dictadores críticos de Alemania al cabo de 5 a 10 años”. Esta arrogancia de los hermanos Schlegel, que en el año 1798 querían crear con su legendario “Athenäum” una “dictadura crítica” en el mundo literario, puede que poco a poco la hayan ennoblecido los historiadores de la literatura. Visto con objetividad, sus visiones de altos vuelos fracasaron entonces rápidamente por falta de colaboradores, y de manuscritos. A todo esto la arrogancia propia del oficio, la fantasía megalómana y también la breve vida de su proyecto las legaron a muchos sucesores literarios nacidos después, que hasta hoy creen tener que ejercer la oposición estética contra los viejos que están al frente ayudándose del antiguo medio de comunicación que es la revista de literatura. Muchas energías de protesta literaria despotrican desde los años setenta en el amplio campo de las revistas de literatura, pero la mayoría de ellas se han agotado al cabo de poco tiempo. En la mayor parte de estas publicaciones de corta vida triunfa lo que precisamente el autor que da nombre a este premio, Hermann Hesse, llamó una vez “necesidades de descarga momentáneas” en una carta al editor de revistas Thomas Mann.

Tampoco faltaron “necesidades de descarga momentáneas” en los primeros años de la revista “Am Erker”. Al principio no había mucho más que una ardiente voluntad de sabotear el consenso literario y acabar con las circunstancias poéticas. Cuando entonces, en el legendario otoño alemán del año 1977, algunos estudiantes que empezaban germanística y algunos trabajadores sociales, como Joachim Feldmann, Michael Kofort, Rudolf Gier y Friedhelm Wenning, cuando estos señores con ideas ilustradas se reunieron procedentes de la ciudad westfala de Münster para llevar sus mensajes literarios

libertarios a la población estudiantil, más bien desinteresada por lo poético, se había heredado de los Schlegel como mucho la fantasía megalómana, pero no el genio. Eran los años en los que surgían como hongos los llamados “little magazines”, pequeñas revistas alternativas siguiendo el modelo americano, “little mags” que con mucha buena voluntad destacaban entre la contraopinión pública subliteraria, pero que también disponían de pocos medios técnicos, financieros y estéticos. Eran los años en los que bastaba con manuscritos torpemente mecanografiados, a veces incluso corregidos a mano, multicopiándolos y lanzándolos en proceso de impresión offset a un círculo de lectores extremadamente restringido para el rápido consumo. Esta democratización de la literatura, alentada por el boom de los indecibles “textos de entendimiento”, también se produjo en los primeros números de la revista “Am Erker”, en la forma lamentablemente usual de la hermandad del tuteo con los lectores y un diletantismo desenfadado que malentendía toda manifestación respondona como radicalismo poético.

La revista tomó prestado su nombre, y ahí reside la vanguardia de su espontaneidad, de una transformación anagnórica de la novela “América” de Franz Kafka. Durante algunos años, la literatura en “Am Erker” fue sólo la continuación de la fiesta de comuna, a lo sumo con medios semipoéticos. Florecieron los grandilocuentes gestos de tabla rasa, el desprecio de la estética burguesa y un descuido de confección orgullosamente puesto de manifiesto, que sin embargo sólo conseguía echar más leña al entusiasmo de los editores. En pocas palabras: durante los primeros años tras su fundación, “Am Erker” se infectó de todas las enfermedades infantiles pensables que puede tener lo que se llama una revista de literatura alternativa. Lo que hoy parece especialmente conmovedor al lanzar la vista atrás, el imperturbable tuteo con el lector y la manifiesta confesión de la convivencia comunitaria, se correspondía con los modos especiales de distribución de la revista, un “servicio exterior” nocturno como el que fue típico de los últimos años setenta. Durante las horas de sueño nocturno el “colectivo Am Erker”, como todavía se llamaba en tiempos de la indestructible hermandad de izquierdas, recorría valientemente las cervecerías de Münster para allí (cito el número 28) “vender la revista con charlatanería a las pacientes rondas de bebedores estudiantiles”.

Hasta los primeros años ochenta continuó el alegre deambular por el nicho regional del negocio literario, tuteando impertérritamente al lector, impulsado por el deseo de obvedad literaria íntima. Muchas veces la literatura era sólo cuestión secundaria, quizá hasta el número 12 del “Erker” del año 1983, que por primera vez se maquetó con una paginación probablemente antidiluviana de un ordenador de composición. En esa época debió producirse una especie de revelación estética, el despertar de una ambición literaria más allá de la estética de los sentidos. En el número 14, confeccionado ya de forma profesional, se encuentra una declaración de principios de un científico de la literatura, de izquierdas, que rechaza todos los requisitos partidistas que se plantean a la literatura y critica el “afán por la claridad política y la posibilidad de repercusión actual” de los textos como una postura “de pequeña burguesía” ante la lectura. También a los redactores del “Erker” les despuntaba el conocimiento de que lo políticamente correcto puede tener terribles carencias estéticas, y que los inventos fantásticos de la literatura son en todo caso preferibles a las certezas de la ideología. Cuando poco después, en el número 16, el redactor del “Erker” Rudolf Gier entrevistó al escritor Ralf Thenior sobre su obra, se puede leer ya, como esquema de aquella poética favorecida por la propia revista, que los textos que oscilan en el límite entre la cruda cotidianeidad y la fantasía grotesca del narrador de historias cortas Thenior pueden servir como modelo estético para la orientación literaria de la revista. Es la marcada preferencia por la prosa breve, lacónica, grotescamente acentuada, que pone la vida cotidiana bajo el microscopio, la que se cultiva desde hace

veinte años en “Am Erker” y que Feldmann, Gier, Kofort & Co. tampoco abandonarán en el futuro.

“Las cosas cotidianas son suficientemente bellas y ricas como para poder sacarles chispas poéticas a golpes”: esta frase de Robert Walser, metida de contrabando en el número 30 de “Am Erker”, ayudó a crear estilo. Con el fin de la pubertad literaria, la tendencia hacia las historias cortas grotescas y al realismo cotidiano de pequeño formato se convirtió en pasión. Desde la entrevista a Ralf Thenior, que fue la primera entrevista publicada en “Erker”, continuamente se publican autores y textos, o se presentan en charlas y críticas, que responden maravillosamente a la tan querida estética de lo grotesco: por ejemplo el gran Ror Wolf, que en sus historias burlescas siempre da en el clavo de lo fantástico, o también, en el número 25, el escritor Paul Auster, en cuya prosa perturbadora y abismal vibra la “música de la casualidad” y una circunstancia inaudita le pisa los talones a la siguiente. A todo esto, “Am Erker” también logró hacer algún que otro descubrimiento entre autores más jóvenes desconocidos: por ejemplo Burkhard Spinnen, el virtuoso cronista de nuestro mundo de empleados e inventor de los enredos cotidianos tragicómicos, publicó sus primeros textos literarios en el “Erker”, y con el joven Marcus Jensen, permítanme que lo pronostique de pasada, pronto dará que hablar un nuevo autor del “Erker”.

En todo caso, veinte años después de su salida literaria ya no se pueden reconocer las chapuceras revistillas de los jóvenes estudiantes radicales: “Am Erker”, resume en el número 28 un crítico casi con añoranza, “Am Erker” se ha vuelto burguesa. “De hecho, la publicación sale desde hace algún tiempo, exactamente desde el número 20, como revista de literatura a escala mundial, arropada en un color negro serio que recuerda las antiguas producciones en cuarto de la editorial Klaus Wagenbach y, en formato ya agrandado, también recuerda un poco a la revista “Schreibheft”, ya ensalzada aquí. El cuento corto fantástico se ha convertido en el tipo de texto dominante, pero como símbolo de marca de la revista se ha ido desarrollando la amplia sección de reseñas, donde nuestra solemne seriedad de folletón se caricaturiza de modo extraordinariamente inteligente y humorístico. Recubiertos con todo tipo de disfraces, aquí toman la palabra los redactores del “Erker” para perturbar la paz empresarial literaria en divertidas columnas. Como factotum especialmente trabajador de los que escriben reseñas actúa aquí un tal Fritz Müller-Zech, quien, según figura en la nota biográfica, vive “como televidente, piloto de aeromodelismo y crítico social en Oer-Erkenschwick”, y a pesar de su inocencia de pequeño burgués, protegida de antemano, desarrolla un hambre asombrosa por la lectura. Como creadores de lemas y suministradores de anécdotas le asisten sujetos críticos con nombres tan culinarios como Peter Pfirschingen (“*Peter Melocotonero*”) y Johannes Vielfrucht (“*Johannes Muchafruta*”), que no sólo tienen una debilidad por los alimentos ricos en vitaminas, sino también por el sabotaje irónico de la dignidad literaria. Precisamente también forma parte del capricho literario de los que hacen nuestra revista el hecho de que intervienen con fuerza en la desmitificación de algún que otro patético advenedizo. Sin duda, la lectura de “Erker” es uno de los medicamentos más eficaces contra la falsa afectación en la literatura.

Por eso, para terminar, sólo me queda darles a ustedes, estimados miembros del jurado, las gracias por su valiente y original decisión de otorgar el premio a algunos drogodependientes de revistas que no se han sometido a terapia, procedentes de Münster, que allí, en la calle Dahlweg 64, trabajan continuamente en la poética de lo grotesco. Fritz Müller-Zech, esto sí lo puedo revelar, acaba de cumplir su 40 cumpleaños y, según ha prometido al encargado de la laudatoria, en el futuro también se ocupará

menos de sus perfectos modelos de aviones y más del medio literatura, inevitablemente defectuoso, no perfecto, pero a cambio fomentador del conocimiento.